

Prólogo

Diario de un maestro rural

Conozco a Jacinto desde antes que nadie me hablase de él. Por supuesto, su nombre sale a colación a menudo en Aibar. A veces son sus amigos los que hablan de él. Otras veces sus antiguos alumnos, si es que no son lo mismo. Al fin y al cabo, todos los menores de sesenta años que se hayan criado en el pueblo navarro lo han tenido como profesor en un momento u otro. Por eso se habla de él con la familiaridad con la que uno se refiere a aquello que ha formado siempre parte de su vida, aunque ocasional-

mente sea objeto de algún puntual reconocimiento privado («¿El colegio en Aibar? Fue Jacinto el que lo cambió todo cuando llegó.»).

Pero si lo conocí antes de saber ni siquiera de su existencia fue, sobre todo, porque encaja en una imagen mental que todos los españoles hemos conformado a partir de nuestra experiencia, nuestras lecturas y lo que nos han contado: el maestro del mundo rural al que todo el mundo conoce porque todo el mundo le ha pedido, o hecho, algún favor, y hacia el que se siente una inconsciente deuda. De ahí que a menudo se pregunte afectuosamente en el pueblo por su salud, la que le ha llevado los últimos años al pueblo de Burgos donde nació y donde vive su familia. No tiene nada que ver con aquel maestro que ejercía de poder fáctico en la España rural, junto con el cura y el alcalde. Su llegada al pueblo supuso un aire renovador en la Navarra del desarrollismo: llegó a Aibar en 1966, un año después de la apertura de la escuela pública Gabriel Valentín, que tomaba el relevo de la educación religiosa.

Su labor representa una de esas pequeñas victorias que no pasan a los libros de historia, pero que

son historia. Jacinto tenía apenas veinte años cuando llegó al pueblo, un destino en el que aterrizó de manera casual, tras opositar en Álava, donde había dado clase. Aunque Navarra elegía a sus profesores de manera independiente, por cuestión de fueros, le dieron la opción de ir a ese pueblo por entonces desconocido para él y en el que, cinco décadas después, aún sigue. «Aquel primer año fue muy agradable. Había hecho prácticas en Madrid, ejercí en Álava y tuve compañeros que me acogieron fenomenalmente. Había una posada, pero cobraba 20 duros cada día, y nosotros cobrábamos 3.200 pesetas al mes.» No salían las cuentas. La solidaridad del pueblo le ayudó a establecerse. En el Perrillas, el único bar que sigue en pie, comía y cenaba por poco dinero, y dormía en el colegio.

Aquella escuela rural de los años sesenta era muy diferente, no solo a la de ahora, sino también a la urbana. «La escuela rural es incompleta, lo que quiere decir que en cada aula solíamos tener dos o tres edades», explica. En el caso del Gabriel Valentín, ello se traducía en que primero, segundo y tercero

de EGB se impartían en la misma aula, al igual que cuarto, quinto y sexto y, por otra parte, séptimo y octavo. Jacinto recuerda que ha llegado a tener hasta 45 alumnos en la misma clase, una cifra que daría vértigo al profesor más preparado. Con la dificultad añadida de que no se trataba de grupos homogéneos, y no solo por nivel de interés, sino por los diferentes niveles de maduración y de contenidos a impartir. «No tenías un momento para sentarte, porque cuando atendías a uno, tenías que dejar al resto trabajando; cuando pasabas a otro, tenías que poner trabajo al anterior; y así hasta que volvías al primero y tenías que seguir explicando», recuerda el maestro.

Curiosamente, la necesidad provocaba la adopción de algunos de los métodos que la vanguardia educativa ha hecho suyos, como el trabajo en equipo o el aprendizaje por proyectos, solo que con menos retórica. «La disciplina, ¡amigo!, también había que mantenerla, que eran muchos y no podían molestar al que trabajaba.» Jacinto también coincide con los gurús modernos en su reivindicación de la motivación del alumno. Nada de letra entrando con sangre,

como asegura el viejo ripio: «Si el niño no va contento, se acabó. Si va contento, que tengas un texto u otro, da igual».

Frente a la especialización que ha marcado la formación del profesorado en las últimas décadas, especialmente en la Secundaria, el maestro sabía un poco de todo, aunque quizá nada en profundidad. Más aún el rural, que no solo debía enseñar a los niños Lengua, Matemáticas o Historia, sino que también echaba una mano a los padres con determinado trabajo intelectual para el que no estaban preparados. «El que llevaba un saco de trigo al silo y se lo pesaban mal pues te lo decía y le hacías la cuenta, o tenían asumido que era delineante», recuerda Jacinto. «No sé cuántos terrenos habré medido. Tenías que hacer un poco de todo para poder ayudar a esta gente del medio rural.»

Su gran lucha, explica, ha sido la de «ser maestro 24 horas», algo que no ocurre con los profesores de entornos urbanos. Uno puede encontrarse con los padres de sus alumnos al salir a la calle, en el bar, en la iglesia, en cualquier lugar y en cualquier momento,

«estás haciendo tutorías a todas horas». Lo cuenta con más humor que resignación, pues forma parte del trabajo que él mismo aceptó y que nunca ha querido que cambiase. Como explica, no porque le hayan faltado oportunidades, ya que podría haber elegido fácilmente otro destino, sino porque se sentía a gusto entre las gentes del pueblo. En su caso, la función de maestro iba más allá de la mera transmisión de conocimiento y formación de los niños.

Como ocurre con frecuencia en los pequeños entornos rurales —la población actual de Aibar, un pueblo de la comarca de Sangüesa, es de 836 habitantes—, los docentes se convierten en un pegamento social, no solo entre padres e hijos, sino también entre los habitantes del pueblo, para los cuales el colegio era un pasaporte a una vida diferente. En Aibar, todos los niños iban a la escuela, incluso en los años sesenta. La escolarización, por lo tanto, era completa: «Era el único punto donde veían algo de salida, porque la gente es consciente de que si estás preparado sales mejor que si no lo estás. Y no había otra cosa que la escuela».

Cuando abrió sus puertas, el Gabriel Valentín apenas tenía tres profesores para todos los alumnos, que llegaron a ser 72 (hoy en día, la migración a la ciudad y el descenso de las tasas de natalidad se ha dejado notar y la cifra ha descendido a entre treinta y cuarenta). El colegio recibía su nombre de un viejo profesor que el pueblo había tenido durante los años veinte y la época de la República. Fue ejecutado el 26 de octubre de 1936; su mujer, Josefa Torcal, también era maestra y realizó el primer debate feminista en Aibar. Fue dejada con vida con la condición de que jamás volviese al pueblo. Un informe de la Junta Local de Guerra de Aibar datado en septiembre de aquel año decía lo siguiente: «Este matrimonio y principalmente el varón ha pervertido a la juventud de este pueblo con su propaganda izquierdista hasta el extremo de que se considera el principal culpable de cuanto en este pacífico vecindario ha ocurrido».¹ Valentín tenía 42 años cuando fue fusilado, y habría

¹ Iziz Elarre Rosa, *Aibar-Oibar. Historia*, Altaffaylla, Tafalla (Navarra), 2008, pp. 673-674.

tenido 71 de seguir vivo en 1965, el año en que se abrieron las puertas del colegio que lleva su nombre.

Jacinto también fue director del colegio durante treinta años, una labor a la que le quita hierro, y que consistía básicamente en buscar el acuerdo de los padres sobre cuestiones de funcionamiento diario. «Como director, el único momento clave fue someter a votación del pueblo si querían bajar a Sangüesa o tener nuestra propia escuela, lo sometí a plebiscito popular y salió que nos quedábamos en Aibar. Logramos quedarnos con nuestra escuela». Algo semejante ocurre con la enseñanza del euskera, un idioma que es lengua propia y oficial en Navarra desde la Ley Foral del Vascongado en 1986. La historia del euskera había sido peliaguda en el pueblo, que forma parte de la región no vascófona: en julio de 1978, durante los sanfermines, un militante de LKI (Liga Komunista Iraultzailea) llamado Germán Rodríguez fue abatido de un balazo durante los enfrentamientos entre mozos y la policía nacional.²

2 Iziz Elarre, *op. cit.*, 2008, pp. 700-701.

No fue la única tensión producida esos años que siguieron a la Transición, en los que los enfrentamientos en las festividades eran más o menos comunes. Cuando llegó el momento, Jacinto decidió someter a votación la posibilidad de que se impartiese euskera. «Preguntamos a los padres y salió que se diera como optativa», recuerda. «El que quería iba, y el que no, no. Como ocurría con la religión, que la hicimos optativa. En Aibar no hubo ningún trauma con esa libertad de elección, que la apoyas un poco, pero lo importante es contar con el consenso de los padres.»

Jacinto se jubiló en 2005, al cumplir los sesenta años. Quizá haya dejado la docencia, pero no el arte. En los últimos años, dada su afición al dibujo y el diseño, ha construido desde muebles hasta diversos cuadros en madera, pasando por todo tipo de complementos de cocina o decoraciones para el hogar de incalculable valor artesanal. La entrada de su casa está presidida por una reproducción en madera del *Guernica*, que se le ocurrió a Jacinto después de reparar en que las líneas del cuadro de Picasso podían ser

fácilmente transformadas en relieves. Gernika está a unos 200 kilómetros de Aibar, aunque quizá más cerca espiritualmente. En ambos lugares, las heridas han cicatrizado gracias, básicamente, al trabajo de las personas, profesores entre ellos, que, sin grandes gestos, se han comprometido a que la convivencia sea fácil.

«En aquellos años no se hacían diferencias; por lo menos, yo no las hice nunca», recuerda. «Rompimos muchos mitos, sobre todo en el aspecto religioso. El que quiera, que vaya, el que no quiera que no vaya, pero se le ofrecía a todos igual. Se dice que el tiempo da la razón al que la tiene, y que es el que se encarga de juzgar a las personas.» Y el tiempo pasa, y los que fueron estudiantes terminan juzgando a sus maestros. Generalmente, con mucha más benevolencia de la que sentían cuando pasaban seis horas al día sentados en un pupitre. Y reconocen que hay una deuda que no se puede saldar con los maestros y profesores que, un buen día, desaparecieron de sus vidas.